

— Ignacio Trejo Fuentes\*

La feria es una novela que no se ajusta a los modelos formales imperantes en los tiempos de su aparición (1963), si bien ya se hablaba de que la *modernidad* había llegado a la novelística mexicana gracias a obras como *Al filo del agua* (Agustín Yáñez) y *Pedro Páramo*. Juan José Arreola se desentiende del orden lógico de la novela tradicional (inicio-clímax-desenlace) y en vez de eso ofrece una serie de cuadros y viñetas con *aparente falta de composición* para contar una historia asimismo imprecisa según los cánones.

¿Qué cuenta Arreola en *La feria*? Muchas cosas y ninguna en especial; o mejor, da cuenta de hechos y situaciones, de personajes y voces que, al aglutinarse, dan cuerpo a la vida de una población, Zapotlán el Grande, de donde es originario el escritor. Pero no es en realidad una historia, sino fragmentos de ésta. Aparte de eso no hay una anécdota principal, un asunto rector, y por eso quien lee no puede tener idea de lo que ocurre sino hasta muy avanzada la lectura.

Zapotlán (hoy Ciudad Guzmán, Jalisco) era una población de 30 mil habitantes (“unos dicen que más, otros que menos. Somos treinta

\* Miembro del Área de Literatura en la UNAM-Azcapotzalco.

mil desde siempre”) que no difiere sustancialmente de otras de su tiempo, a no ser que por su ubicación haya sido testigo de hechos históricos como la Intervención francesa, la Revolución mexicana, la Cristiada... Se anudan en ella las fibras que se anudan en muchos otros pueblos y ciudades, más grandes o menores: las llamadas *fuerzas vivas* (los caciques, los políticos, los clérigos...) y *Juan Pueblo*, lo que supone comportamientos, circunstancias y sucesos protagonizados por ambos sectores.

En Zapotlán se da la pugna por la posesión de la tierra entre los campesinos y los latifundistas. Impera un fervor religioso que se manifiesta en la Parroquia presidida por la imagen del patrono del pueblo, San José. Hay confrontaciones entre las *buenas conciencias* y las que no quieren serlo (como la que se da a raíz de la instalación de la Zona de Tolerancia). Hay abusadores (el comerciante, el usurero) y sus víctimas. Conviven los progresistas y los conservadores. Corren chismes a carretadas, y difamaciones. Y fiestas, muchas fiestas.

Luego, ¿qué podría distinguir a Zapotlán de otras, muchísimas poblaciones mexicanas? Ahí está el meollo del asunto.

Podría empezar respondiendo que nada (salvadas las peculiaridades étnicas, lingüísticas y *culturales* de sus pobladores), pero me toparía de inmediato con un hecho incuestionable: ni nada más ni nada menos, esta población es distinta a cualquiera, original y única, porque es creada y recreada desde una perspectiva singular e irrepetible: la de Juan José Arreola. Es decir, porque ha *sido literaturizada*, porque pese a tener un sustento real, concreto, no es otra cosa que una *representación*, una reelaboración estética. Y hablar de Arreola es hablar de uno de los mayores *literaturizadores* de cuantos ha habido y hay en este medio y en muchos otros.

La crítica —la propia y la extraña— coincide en lo antes dicho, en que el jalisciense es dueño de una de las mentes mejor dotadas para la fabulación y de una de las prosas más poderosas y seductoras; se le

reconoce además una información *cultural* de proporciones enciclopédicas. Pero ante todo, quienes han estudiado su obra advierten su capacidad para ajustar sus recursos narrativas, su tono de voz, la palabra, al o los asuntos que aborda con una precisión admirable, que yo llamaría camaleónica. Así, Seymour Menton propone que a lo largo de sus ficciones Arreola ha hecho un recorrido por todas las etapas de la literatura universal, que se ha acercado con cálculo y celebraba eficacia a los temas y tratamientos de todos los tiempos, desde aquellas etapas en que la narración era apenas oral (y aun gestual) hasta las más modernas. Y sí, quien recorre *Confabulario*, *Varía invención*, *Bestiario*, etcétera, bajo esa luz, encuentra que en efecto los conocimientos de tantas cosas y sus dotes creadoras hacen de Juan José Arreola un escritor *sui generis*.

Cuando se habla de Arreola se piensa de inmediato en sus cuentos y viñetas, y se desdeña casi por unanimidad su faceta novelística. ¿Ese común desinterés es indicador de que *La feria* es un trabajo menor de su producción? ¿Señala acaso que el espacio natural y mejor del autor es la brevedad, la concisión? Creo que hay mucho de eso, y aunque en cierto modo comparto la idea, no puedo desdeñar de ningún modo los valores de su novela (que a muchos lectores no les parece tal, sino un híbrido, un documento caprichoso y ambiguo).

Ya se dijo que la estructura, las voces narrativas, los tonos, los personajes, etcétera, de *La feria*, no se ajustan a los rígidos patrones de la novelística (por lo menos mexicana) del tiempo de su publicación. Y es posible que, en consecuencia, los críticos y aun los lectores no especializados se hayan dejado llevar por la idea peregrina de que no se trataba de una novela, aunque tampoco de los textos que solía ofrecer el autor, tratése de fábulas, viñetas o cuentos en estricto sentido. Y no obstante, *La feria* es una novela con todas las de la ley, y es justo reconocer que, en todo caso, se adelantó a la

experimentación técnica que veríamos cobrar tanto realce en años subsecuentes (pienso en *José Trigo*, de Del Paso, *Los albañiles*, de Leñero, *Los peces*, de Fernández, *Morirás lejos*, de Pacheco...).

Arreola se ahorra presentar, de entrada, a los personajes que intervendrán en la obra: no nos dice quiénes son y cómo son: simplemente los suelta al ruedo como un *nosotros*, como un *todos* innominado, y son ellos mismos quienes con sus participaciones van definiéndose mientras progresa la narración conducida asimismo entre todos. En *La feria* no hay un protagonista principal, y menos un narrador; como se advirtió, tampoco una *anécdota* sustancial. Y ese aparente desorden, esa confusión de voces y de hechos, cobra forma según corren las páginas, por lo cual ocurre un mecanismo que el autor maneja de la mejor manera en sus otros textos: la participación de quien lee. En la novela de Arreola el lector es asimismo autor: comparte la responsabilidad de armar los materiales para darles unidad, cualquiera que ésta sea.

Así, pronto nos familiarizamos con el tendero, con el cura, con los *pecadores*, con el cerero, con los agricultores, con el comerciante, con las mujeres intrigantes... quienes, en una precisa polifonía, hacen de lo al principio inconexo un todo homogéneo y casi sin fisuras.

Hay quienes han *acusado* a Arreola de preocuparse poco, casi nada, por las cosas terrenales y refugiarse en sucesos y seres sólo producto de la imaginación, de la fantasía e incluso de lo surreal y metafísico; pero eso no es exacto. Es cierto que la imaginación es la fuente principal de este escritor, mas no la única: si bien en sus textos su atención parece concentrarse en acontecimientos que conciernen a muy pocos individuos, en varios de ellos trata temas de otra naturaleza: social, digamos; o inclusive política: “Hizo el bien mientras vivió”, “El cuevero” y “Corrido” lo comprueban.

Pero si alguna duda hubiese al respecto, habría que revisar *La feria*: es la *más terrenal* de sus creaciones.

Aunque en la multitud de sucesos y personajes que hay en la novela pueden hallarse resabios de lo que suele llamarse *realismo mágico*, o *surrealismo* o fantasía desbordada, lo cierto es que *La feria* podría incluso calificarse de *costumbrista*. Y aquí aparecen con toda claridad las cualidades narrativas de Arreola: pese a que no los *vemos* pues el escritor no se ocupa de definirlos, de retratarlos, sabemos que los protagonistas son reales y auténticos: ¿cómo? Por medio de su voz, de sus actos: no es necesaria la intervención del novelista, ellos se configuran a sí mismos.

En la novela hay líos de carácter social y político (la interminable batalla entre los dueños de la tierra y sus usurpadores, la satanización de las putas, las intrigas entre clérigos...), pero también conflictos personales de lo más íntimo (los seniles enamoramientos del tendero, el amor no reciprocado del incipiente novelista, los desplantes del Don Juan pueblerino...). Y entre esos dos polos Arreola construye (reconstruye) escenas y sucesos que van de lo dramático (los muertos causados por terremotos, los asesinatos que ocurren durante la feria) a lo regocijante (la prostituta con el himen intacto, los versos con que los *léperos* hacen sonrojar a las *gentes de bien*), y surge entonces la plenitud de la novela: el pueblo como personaje principal, pero también la actuación de la palabra, del lenguaje: sin estos elementos, todo lo demás podría resultar un desfile de sombras grotesco y sin sentido. Junto a Zapotlán, el lenguaje es el elemento principal de la obra.

Es necesario insistir en que en *La feria* no hay un argumento propiamente dicho. Pueden reconocerse algunas subhistorias que son seguidas con cierta minuciosidad para dar cabida al resto de viñetas y estampas. El deceso y el sepelio del usurero, los intentos amorosos de uno de los narradores, la coronación del santo patrono, los días del terremoto, la instauración de la zona de tolerancia, las querellas por la tierra. Pero viéndolo con atención, resultan poco

interesantes por sí mismas, no podrían sostenerse de manera autónoma, por separado; es necesario contextualizarlas, volverlas parte de un mural: luego, la novela debe leerse como un gran fresco, como una polifonía.

Se mencionó ya la trascendencia del lenguaje en esta obra, llega a ser un actante, un personaje. Juan José Arreola es dueño de un *oído* privilegiado, y además de una capacidad endemoniada para llevar lo que escucha al papel con absoluta fidelidad: cuando *escuchamos* a través suyo soliloquios, diálogos, pareciera que estamos frente a quienes los ejecutan, nos hacemos una idea fiel de su carácter a pesar de la parquedad en las descripciones. Hay escenas en las que ni siquiera es necesaria su ubicación para dotarlas de fuerza:

-No, no, por favor. No mi vida, no por favor, te lo ruego. Déjame... Déjame. ¡Déjame, te estoy diciendo! No, por lo que más quieras. ¡Dios mío! Voy a gritar. Nos van a oír... nos van a ver. No, aquí no, no. Te digo que no. ¡No! No...

Ignoramos quiénes protagonizan el episodio, aunque podemos inferir que es la hija del cerero quien se dirige al Don Juan del lugar, porque en otra parte sabemos que ella resulta embarazada y él pregona ser el causante. ¿No es esto prueba rotunda del poder de síntesis del novelista? No es necesario que describa la escena con mayores detalles, que dé santo y seña de los personajes: la voz de la mujer, por sí sola, cumple aquella función.

De pasajes como esos está formada *La feria*. Y siguiendo en esa línea sería injustificable no referirnos a la *confesión* colectiva de los moradores de Zapotlán ante el párroco o los párrocos. Seguramente atemorizados por sucesos funestos que se han cernido sobre ellos, como los terremotos consecutivos que les recuerdan otros más graves ocurridos en tiempos pasados y que conservan como una amenaza

permanente, los zapotlanenses hilan un rosario de *mea culpa* impresionante, en el que otra vez se advierte la maestría en el registro del autor:

—Me acuso Padre de Todo. ¿Cómo que de Todo? Sí, de Todo, de todo... Yo no puedo absolverte así nomás de todo... Barájamela más despacio... Pues ahí le va... Me acuso Padre de que me robé una peseta, me acuso de que le faltó al respeto a mis mayores, de que soy mercader de peso falso y amigo del fraude, de que engaño a mi marido el ferrocarrilero cuando se va de corrida, de que me quedé con las tierras por menos de la mitad de lo que valían, de que recibo prendas, de que digo malas palabras, de que pagué testigos falsos, de que fui de la Junta Repartidora de Tierras (...) De que le quité el marido a mi hermana, yo soy el hermano del muerto, ¿la mujer de quién? Yo soy el padre que perdió a su hija, ¿cómo es posible? ¿Tu hija? ¿Con tu hermano? ¿Con tu hermana? (...) Yo con uno y con otra, yo con la que sea, yo con el que sea, yo con lo que sea... con un pomo de perfume, tuvieron que llamar al médico, son cinco plátanos, bueno el otro nos lo comemos, tengo malas inclinaciones, yo le robé la cobija, sí, lo maté a él y a uno de los hermanos, querían matarme a mí, falsifico las firmas, ésta es la primera vez que me confieso, tengo malos pensamientos, con una burra, con una mosca, me robo las guayabas, dije ojalá que se muera, digo muchas mentiras, no creo en la Divina Providencia, se me hace difícil, el cuento del Cura y el campanero, en la revolución yo lo denuncié, andaba con mi hermana, a cada lata de alcohol le sacamos un litro y se lo metemos de agua con alumbre, le echo tantita parafina a la cera, restiro mucho la manta cuando la mido con el metro, vendí carne con pipitilla, tengo mis balanzas arregladas, hay mucha competencia, le digo raza a mi hermano, más valía que me atara al cuello una piedra de molino, ¿por qué no me mató en el seno de mi madre, y hubiera sido ella mi sepulcro y yo preñez eterna de sus entrañas? No me gustan los hombres, no me gustan las mujeres, ya nunca lo vuelvo a hacer, yo tuve perritos, yo ardí en lujuria por los que tienen miembros de burro y flujo seminal de garrachones, no quise que naciera, yo le apreté el pescuecillo, yo me quedé con lo de la viuda, poseí a la huérfana la noche misma en que velábamos a su padre, éramos compadres y cambiamos de comadre, no visito a los enfermos, no doy caridad, los pobres son unos holgazanes y unos sinvergüenzas, yo cobro por los certificados de defunción, para que no haya llo (...) Cuando no hay chivo vendo birra de perro, yo le vendí el

veneno, quiero que se muera mi mujer, yo hice un muñequito y lo traspasé con alfileres (...) Nomás le di un navajazo, yo solo me quemé la tienda (...) lo enterré en el corral de mi casa (...) a la hora del temblor se me ocurrió que se murieran todos menos yo (...) por mi culpa, por mi grandísima culpa se quedaron todos esos indios sin tierra, no supe lo que hice, no quería matarlo, pero lo maté para evitar males mayores, yo no pude descansar hasta que lo maté y no me acuerdo de más, estaba borracho pero me arrepiento de todo... Perjurán, matan, mienten, roban, adulteran, oprimen y las sangres se suceden a las sangres... Bueno Padre, ya le dije que me acuso de todo... ¿De todo? Me acuso Padre de que me robé una peseta...

En esta confesión —que en la novela es el texto más largo— se concentran las *vidas y milagros* de los zapotlanenses: asesinos, infanticidas, incestuosos, sátrapas, homosexuales, zoófilos, ladrones, adúlteras... dicen ante el confesor lo que hacen y ocultan y callan ante los demás, despliegan el abanico de sus vidas íntimas y declaran o matizan lo que el novelista había manejado mediante elusiones, con pinceladas. Este pasaje demuestra el ya destacado poder de síntesis de Arreola, aquí se acrisola la vida de todo un pueblo, sus costumbres y vicios. No hubo necesidad de que el autor se detuviera en el detalle; bastó aglutinar en unas cuantas páginas la esencia de un espectro mayor, que otro novelista menos dotado habría expuesto en toneladas de papel y ríos de tinta.

Novela que no parece serlo por su afán fragmentario, *La feria* resulta al final el ensamblaje de muchos mundos condensados. Luego, su forma, su técnica, debe considerarse un acierto: como dice el refrán, *¿para qué tantos brincos estando el suelo tan parejo?*

Capacidad de síntesis, poder de observación, maestría de registro verbal, hacen de *La feria* una ínsula extraña de nuestra novelística. Y vista en retroceso, es indiscutible que dejó honda huella en otros escritores, quienes descubrieron que podían contarse cosas de otra forma, novelar con herramientas no ortodoxas. La de Juan José



Arreola —quien se ha declarado poco frecuentador de la lectura de novelas— es una obra a la que debe acudirse una y otra vez: muestra las posibilidades de desbaratar con inteligencia los cánones de la escritura.